

## Bocado

Aunque suene a justificación, aprendí que es mejor decir las cosas en vez de callarlas. Por eso le contaré todo tal cual ocurrió.

Es el día de la madre y los alumnos de mamá representan su versión del poema “Madrecita Mía” de Gabriela Mistral. Me invitó con Beatriz, para que la acompañáramos. Mi hermana sentada al lado de mamá, recibe al oído uno de sus típicos consejos.

*Madrecita Mía.*

Dice un estudiante dando inicio a la obra.

*Madrecita mía, madrecita tierna,*

*déjame decirte dulzuras extremas.*

Seguro que mamá pensó en mi dulce abuelita y en todo lo que no alcanzó a decirle. Vive reprochándose que el lugar donde la dejó queda muy retirado de nuestra casa y su trabajo, que la vieja al teléfono es sinónimo de monólogo, no se le escucha decir palabra alguna. Un “mañana voy a verla” le reconforta su amarga recriminación mental, como un desafío constante a la muerte que llegó en silencio, de improviso y sin advertencias, justo la misma noche de aquella visita reprogramada.

*Es tuyo mi cuerpo que juntaste en ramo,*

*deja revolverlo sobre tu regazo.*

Beatriz estiró las mangas de su chaleco para cubrir ambas manos hasta los dedos.

*Juega tú a ser hoja y yo a ser rocío,  
y en tus brazos locos tenme suspendido.*

La escena muestra a una de las alumnas de pie sobre una tarima en forma de cilindro. De sus brazos salen largas telas de color verde extendidas a lo amplio de la multicancha, formando una gran hoja. Dentro de este cerco verde otros estudiantes vestidos de celeste y blanco caminan ordenadamente desde el centro hasta los extremos, y se cuelgan con sus brazos enrollados en la tela; aparentan estar suspendidos en el límite de la hoja, como el rocío que juega a caer y no caer de ella.

—Sólo cae el mal agradecido —fue el comentario que en voz baja le hizo a Beatriz. Acomodé mi sombrero con acopio, ¿qué habría dicho al ver mi cabello?

*Madrecita mía, todito mi mundo,  
déjame decirte los cariños sumos.*

Nos miró pensando en lo inmensamente agradecidas que debemos estarle por habernos dado la vida. Recordó también a su madre y pensó mejor, ya le había dicho todo y tal vez fue ella quien nunca lo hizo.

Una pequeña y espesa gota nace en su ojo izquierdo y atraviesa lentamente su mejilla, deja un surco húmedo y transparente que desaparece justo en su boca; la pizca de sal que pone término a la representación. Aplausos por favor.

Según lo acordado, todas aplaudimos de pie. Los apoderados se acercaron para agradecer “a la maestra” y de paso saludar y felicitarnos a nosotras, “sus hijas”, por la encantadora, abnegada y cariñosa madre que tenemos. El director del colegio, en persona, se acercó a mamá y le tomó las manos, la miró fijamente a los ojos, tragó saliva al mismo tiempo que ella y movió la cabeza de arriba abajo... “por primera vez en dos años un signo de aprobación”, pensó. El gesto fue breve y segundos después estaba abrazándonos a mi hermana y a mí, quienes también somos sus hijas. Beatriz esbozó una

sonrisa, dejando entrever sus dientes, los que cada día están peor: más manchados, más gastados y más sueltos.

Se conocieron en la Universidad. La opción por seguir licenciatura en castellano fue una de las grandes coincidencias que consumaron su matrimonio. En sus propias palabras, eran el uno para el otro. Los objetivos de vida ampliamente compartidos y las concordancias intelectuales les auguraban un futuro lleno de felicidad como pareja. ¡Una familia numerosa! Era lo que papá más quería. Al poco tiempo de casados nació yo, y aunque ambos deseaban el primogénito varón, mi padre experimentó eso que suelen sentir los hombres frente a la belleza femenina inocente.

—¡Dos meses de amamantamiento es muy poco! Que sean por lo menos seis, en esta etapa desarrollan el coeficiente intelectual.

—¿Y tú me vas a levantar las pechugas cuando me lleguen al suelo?

—¡Pero Cristina, es sólo una niña! Ella lo necesita...

—“Ella lo necesita” ¿Y sabes tú acaso lo que yo necesito? ¡No se habla más del asunto! Si te preocupa tanto prepárale relleno. ¡Si cansa la huevadita de dar teta todo el día! ¿No querías cabros chicos? ¡Ya pues! Aquí tienes una, aprovecha ahora.

—Cristina, por favor, no empieces de nuevo con tus cosas raras...

—¿Cosas raras? ¡Ja! ¡Qué sabes tú José de cosas raras! Seguro la huevona de tu madre te ha estado metiendo caca en la cabeza. Se equivoca esa señora si cree que voy a ser una esclava como ella dedicada a criar cabros de mierda toda la vida. ¡No señor! Yo tengo una profesión, mañana mismo vuelvo a trabajar.

—Pero... ¿Y quién va a cuidar a la niña?

—¡Contrata una niñera!

—¿Y plata de dónde quieres que saque?

—Ah no sé yo, pídele a tu mamita ¿No se cree super abuela?

No hubo niñera ni mucho menos plata prestada. Fue mi papá quien se quedó a mi cuidado. Renunció a su trabajo y echó mano a sus ahorros.

Mamá salía de casa todos los días a las siete de la mañana. Una hora antes papá preparaba el desayuno y también el relleno. Es la ocasión que tenía la familia para compartir.

—Cristina, la niña necesita pañales, ¿puedes traerlos cuando vuelvas de trabajar?

—Claro, para eso la esclava trabaja. A propósito, ¿cuándo piensas volver a trabajar? ¿Crees que voy a mantenerte toda la vida?

—Por favor no empieces de nuevo...

—Te lo digo en serio, llevas casi dos años sin trabajar y me estoy aburriendo de pasar pellejerías.

—Te iba a comentar que llamó mi hermano, necesita que lo apoye en la redacción de unos informes...

—¡Tu hermano el salvador! ¡¿Cuándo has conseguido algo de ese infame?! Es incapaz de venir a visitar a su sobrina y te va a mandar trabajo, ¡Despierta José! ¿En qué mundo vives?

—Si tú no lo recibieras con esa cara de ogro cada vez que viene, tal vez...

—¡Resulta que ahora tengo cara de ogro! ¡Por favor!

—*Pa pa*

—¡Cristina, la niña dijo papá!

—Dijo papa, no papá. Tiene hambre, no seas imbécil.

Un año después mi padre volvió a trabajar. Comenzó reemplazando al titular de castellano, pero rápidamente lo contrataron como profesor. Era un colegio particular, el sueldo doblaba lo que se paga comúnmente a uno de escuela pública. Entonces pudo contratar a una niñera para que les ayudara a cuidarme. Con mayor razón la necesitaban, porque mamá estaba encinta, esperando un nuevo hijo. “Esta vez será niño”, se decía papá cada mañana frente al espejo.

—Mi amor, tengo ganas de comer papayas con crema.

—No se preocupe tesoro, yo se las llevo cuando salga del trabajo.

Fueron nueve meses de felicidad, de antojos y cariños, una tregua necesaria para reconciliarse con el



sentimiento familiar y reencontrar los roles íntimos de padre y madre. Cuando el médico dijo: “Felicidades, es usted padre de una hermosa niña”, mi papá sonrió, me tomó en brazos y cantó: “Dicen que a todos los hombres, les debe pasar lo mismo...”. “Se llamará Beatriz como mi mamá”, exclamó mi padre. Lo que pudo interpretarse como señal de avenimiento, no fue más que un tímido reproche; mi abuela materna tiene el mismo nombre. Esa misma tarde, mamá agregó al parto otro significado.

—¡Pero cómo hiciste algo así! —preguntó mi padre con gran sorpresa.

—¡Son mis trompas! Y no estoy dispuesta a pasar otros nueve meses más embarazada. ¡El cuerpo me quedó hecho mierda! ¡Mira las estrías!, estas marcas son para siempre ¡nunca más se borrarán!

—Pero yo te amo igual, Cristina.

—Eso lo dices ahora. Hasta que conozcas a otra más joven. ¡Veamos si me vas a querer en diez años más! Todos los hombres son iguales, les ponen un pote más joven y caen redonditos, babeando como guagua de pecho.

Papá fue un padre tierno, cariñoso y preocupado en extremo por nosotras, nos acompañó en todos los momentos importantes de la adolescencia: la primera menstruación y la primera pena de amor; transmitiéndonos esa esencia de la que se adolece a esa convulsionada edad. Mamá llegó a sentir que su marido la desatendía, prefiriendo a sus hijas por sobre ella misma; “a las princesas y no a la reina”, repetía casi siempre de modo irónico. En sus propias palabras, papá se había transformado en un “energúmeno de débil carácter” poseído por el demonio de la paternidad. Inevitablemente, la paradoja se manifestó y experimentaron la incomunicación. La relación se hizo insoportable para ambos. En palabras de papá: “El carácter enérgico, castrador, autoritario, mal humorado y sobreprotector de Cristina quiere dominarlo todo, incluso mis pensamientos”. Síntomas de insatisfacción y frustración son el veneno de la vida en pareja; pócima que finalmente hace efecto en él, matando el más mínimo de los aprecio que un ser humano puede sentir por otro. El infierno se vive en nuestro hogar durante cada discusión, por lo general acerca de nuestro futuro y el trato complaciente y generoso que él siempre tiene con nosotras. “¡Castígalas; éstas cabras de mierda hacen de ti

lo que quieren; compórtate como un verdadero hombre de una vez por todas!” Era la frase con que mamá terminaba siempre la conversación. Uno de esos días, en un arrebato viril e inesperado... papá sencillamente la dejó. El sabor amargo de la separación autoimpuso en mi madre, desde ese día y para siempre, el rol de padre y madre de nosotras, lo que calzaba a la perfección con su nueva imagen social de mujer sufrida, herida y abandonada.

Ordenó que subiéramos al auto, que ya era tiempo de ir a casa. Un silencioso “mañana nos vemos” pactó el encuentro secreto con nuestro padre. Nos vemos una vez cada mes, día que esperamos con ansias, porque será día de conversación, risas, cariños, besos y abrazos.

Una vez en casa, la relación madre-hija vuelve a la normalidad. Mamá es la primera en bajar del auto, abre la puerta de entrada y en el umbral nos recibe: a mí de manos en la cintura, cejas fijas hacia arriba, mirada de cabeza a los pies y viceversa, ojos bien abiertos, clavados en los míos y un sutil rechinar de dientes; para Beatriz un

pestañeo lento y prolongado, como queriendo ver otra imagen al momento de abrirlos. Pero su actitud ya no nos sorprende, esto ha venido sucediendo desde el mismo día en que nuestro padre se marchó.

—En una hora bajen a almorzar —dictaminó seca.

En absoluto silencio, con el mismo desfase de tiempo que llevábamos al ingresar a casa, subimos la escalera que da al segundo piso. Beatriz alcanzó a sacar unas barras de chocolate de la despensa, se daría otro de sus típicos atracones. Se escucharon las puertas de nuestros dormitorios al cerrar.

Había una armazón de madera forrada con una rejilla colgando del techo, dentro de ésta un par de conejos desollados. La máquina de moler carne atornillada a la mesa y un gran cuchillo cocinero de esos que se ocupan para degollar cerdos. Aunque la imagen de esa noche es cada vez más difusa, siempre que mamá cocina recuerdo esa escena en casa de la abuelita Beatriz.

Sucedió hace poco más de doce años y junto a la escena hogareña en sí, recuerdo la comida de esa noche: una carne fresquísima, jugosa y sin aliños, sin acompañamiento alguno, sólo un gran trozo. “En la carne se encuentra todo lo necesario para la sobrevivencia del hombre”, me dijo alguna vez mi madre y yo lo acepté plenamente. Aunque mi abuelo murió cuando mamá tenía apenas diez años, ella aún lo recuerda en sus escenas típicas que vivía a diario: matando una gallina para la cazuela, descuerlo, un conejo para escabecharlo, desplumando perdices que traía después de haber cazado, haciendo el fuego para asar un ganso, aplastando el cuello de un pavo con la escoba bajo sus pies, estirando al animal desde las patas hasta que dejara de aletear. Pese a lo macabro que puede resultar alimentarse con una dieta basada en hijos de animales, siempre escuchaba a mamá decir: “¡Qué manjares más deliciosos comía junto a mi padre!”. A mamá le gustaba la buena mesa, y tratándose de comer, estaba dispuesta a probarlo todo, al menos por una vez. No se explica cómo ninguna de nosotras había heredado su condición sibarita. Al menos eso era lo que ella creía.

Y aquí estoy, en mi habitación esperando la hora para ir a almorzar. Aunque en realidad eso no me importa, la gastritis se activa siempre a esta hora y los dolores son tan agudos que pienso en cualquier otra cosa, menos en comer. Prefiero arreglarme un poco, antes de volver a bajar. Tengo tiempo por delante para hacerlo. Este cepillo es el que más me gusta, el más pequeñito, hay que pasarlo fuerte y frenéticamente para que desenrede bien mi, aunque escasa, tupida cabellera. Cuando lo hago, los recuerdos aparecen como ideas sueltas, como los mechones de pelo enredados que caen al suelo.

—¿Mamita qué está haciendo?!

—¡Sal de aquí Ana, estamos haciendo la comida con tu abuela! Yo te aviso cuando vengas a comer, anda al patio a jugar con los pollitos.

—Pero mamita, está oscuro... y qué es eso que...

—¡Que salgas te digo!

A los siete años, la fantasía infantil aún roza levemente la realidad. Por eso mis recuerdos parecen

difusos, porque son una mezcla de ambos. La realidad es tan incierta como la propia fantasía.

—¿Y la abuelita? ¿Dónde está?

—No está, tuvo que salir. Aprovechemos de comer antes de irnos.

Camino a casa hicimos una última parada. La maleta del auto que se abre, el frío que cala los huesos, la oscuridad, un olor raro, el sonido de algo que cae al estero y un extraño sabor en la boca. Letargo.

Es el olfato quien siempre me trae de vuelta a los sentidos; en esta ocasión el pollo que se asa en el primer piso. Mastico un antiácido y salgo de mi dormitorio. Bajo las escaleras rumbo al comedor. El televisor encendido en el canal de noticias: accidentes, violaciones, crímenes, robos, asaltos, corrupción, muerte, todos titulares que ya no logran impactarme. Sentada a la mesa está mi madre, revisa el álbum de fotos familiar.

En la imagen estamos las tres: Mamá sujeta de la mano a Beatriz y a mí del brazo.

—¡Ana, mira lo gorda que estás en esa foto! —me dice con sorna—. Ese fue el día que nos abandonó tu padre, yo les tomé esa foto para que nunca se olviden de ese momento.

Yo sé que lo dicho por mi madre no es cierto, porque recuerdo exactamente el día de esa foto. Fueron las últimas vacaciones familiares en Algarrobo y mamá habría dicho lo mismo de cualquier otra foto. Su boca apretada es la señal inequívoca del sermón que se viene.

—¡Tu padre es un hombre tan desgraciado! Yo tuve que ser padre y madre para ustedes. Me descresté trabajando para criar a un par de malagradecidas. ¿Y cómo me pagan? Con su indiferencia, con el desconocimiento de todo lo que he hecho por ustedes. ¡Y tanto que defienden a ese infeliz! ¡Poco hombre! ¡Cagada de padre que tienen! ¿Y dónde está ahora? Seguro se está



revolcando con alguna de sus maracas. Se cree el gran personaje porque ahora es director del colegio, ¡chupasangre ese! Se le olvidó que lo tuve hasta que mantener cuando ustedes eran chicas. Pero qué saco con decirles eso, ustedes nunca me encontrarán la razón. Porque son iguales a su padre. Iguales a ese maricón inconciente. ¡Ni porque hoy es el día de la madre pudo dirigirme una palabra!

Yo estaba acostumbrada a callar, a no debatir, ni oponerme jamás a mi madre. En silencio he sabido guardar mis emociones, frustraciones, temores, odios, decepciones, sufrimientos, dolores, penas y rencores. Pero, ¿puede alguien guardarse las emociones sin llegar a manifestarlas alguna vez? Los signos eran tan claros y evidentes como mudos. La boca no sólo sirve para tragar, sino también para expulsar. Se comparan a un grito silencioso que además es sordo para quien no sabe o no quiere escuchar.

Beatriz en su habitación devora, una tras otra, barras y más barras de chocolate. Tiene apenas dieciséis

años y, aunque está conforme con la angelical e inocente apariencia de su rostro, lo que verdaderamente la acompleja son sus dientes, las raras veces que sonrío tapa su boca con las manos, siempre cubiertas con las mangas de su ancho chaleco. Aunque la deformación de sus dedos es leve, ella lo nota. Nosotras lo notamos. A veces sufre raros desmayos que, a juicio de los expertos, son producto de variaciones abruptas del nivel de azúcar en su sangre. A pesar de esta condición de salud, delicadamente extraña, me ha dicho que se reconforta perversamente en mi propio padecer: con apenas diecinueve años ya padezco de ovarios poliquísticos, alopecia y gastritis crónica. En este punto imagino que traga la última pieza de chocolate, piensa en ese macabro consuelo y recuerda que no éramos así tiempo atrás... y que todo esto tiene un común denominador! Enciende un cigarrillo. Pone su álbum favorito de los Cardigans y medita en profundidad... se siente recargada con la fuerza necesaria para salir de su problema y, al mismo tiempo, sacarme a mí del propio. Conoce el origen de las enfermedades, de las recientes conductas de cada una de nosotras y debe ponerle punto final, no mañana, ni pasado, sino esta misma tarde. ¡Juro que yo pensaba en lo mismo! Justo cuando comenzaba a sonar “Sick And Tired”, que es su

canción preferida, se puso de pie; apagó lenta e inmutablemente el cigarrillo en su brazo izquierdo; subió la radio a todo volumen; salió de su cuarto y bajó.

—¡Baja esa música! —creo escuchar a mi madre mientras Beatriz desciende por la escalera que da al comedor. La miro con sorpresa.

—¡Qué bajas esa música Beatriz! —leí en los labios de mamá.

Justo en ese instante el guitarrista rasgó las cuerdas de ese solo que era también su parte preferida. Tarareando su canción, caminó despacio y tranquila, se paró frente a mamá y cuando ésta la miraba con los ojos fríos de siempre... le vomitó el rostro.

—¡Me das asco maldita bulímica! —exclamó saboreando lo agrisado de su boca. Se echó hacia atrás y la volvió a mirar. Antes que pudiera reaccionar, se acercó de nuevo y en un beso le arrancó los labios, luego la lengua; bebió su sangre y tragó su carne... vomitó por última vez. “Sick And Tired” repetía el coro una vez más, ella comenzó a bailar. Yo, al lado, dejándome llevar por el ritmo musical, reaccioné... aprovechando el último acorde, justo durante el redoble, salté sobre mi madre.

—¡Ahora me tendrás que escuchar! —le gruñí con propiedad. De un mordisco voraz extirpé su oreja y por primera vez, desde hace ya dos años, mastiqué, saboreé y tragué, debo reconocerlo. Casi al borde de la euforia le grité— ¡Anoréxica de mierda, muérete! —en esa danza frenética un ritual improvisado. Cebadas y turbadas bebimos y comimos, hasta el empacho, del seno materno por última vez.

Eso fue lo que pasó ayer papito y sabíamos que hoy sería un día especial, como lo son siempre que estamos contigo, lleno de conversación, risas, cariño, besos y abrazos... pero, ¿sabes algo?, es más especial aun por un par de detalles muy significantes: el primero, ¡de seguro ya lo notaste!, Beatriz y yo estamos completamente sanas, radiantes de belleza y juventud, con un semblante a todas luces saludable; y el segundo, porque el almuerzo que trajimos para compartir contigo es una vieja receta familiar, un delicioso bocado preparado con el inmenso corazón de una madre.